

ALEJANDRO
y la pesadilla de Senoi



SERIE *joven*

Primera edición,
Junio 2011

Copyright © Alejandro Frías
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-21-6
Ilustración de cubierta: SONIA SANZ ESCUDERO
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA POU

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

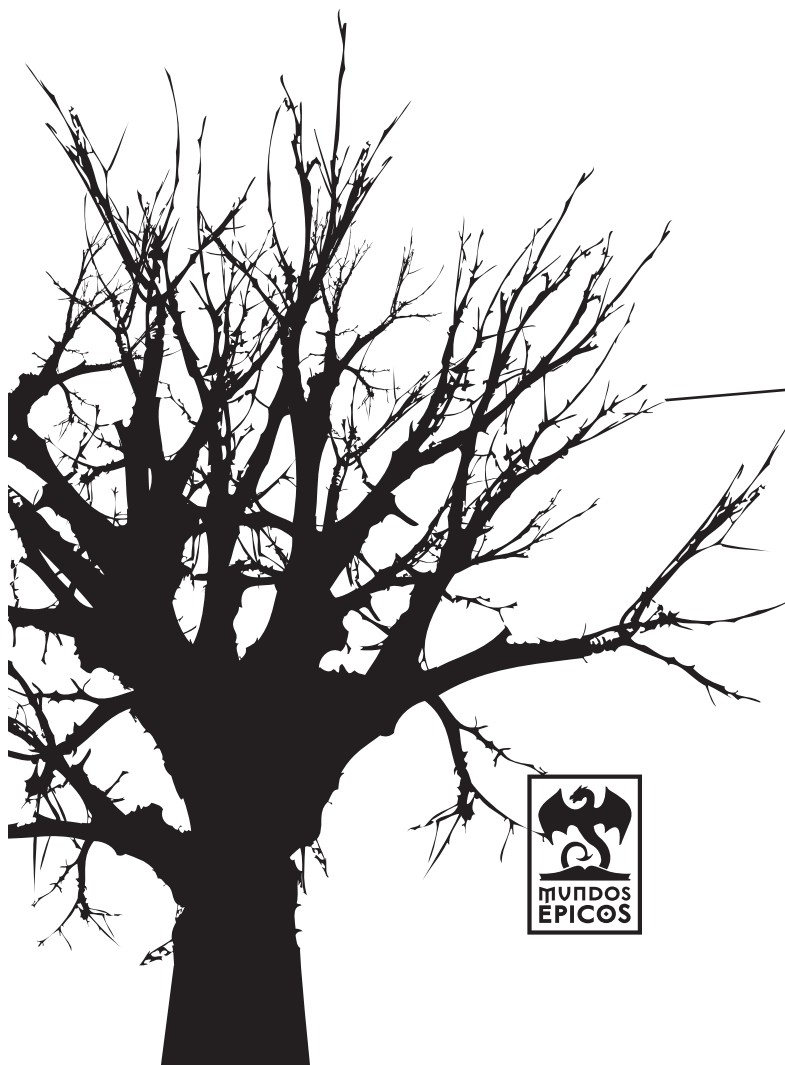
<http://senoi.mundosepicos.es>




ALEJANDRO

y la pesadilla de Senoi

ALEJANDRO FRÍAS





Durante el reposo la conciencia abandona el cuerpo y se desplaza por diversos reinos que no son de este mundo; por eso puede ser peligroso despertar bruscamente al soñador, sin darle tiempo para que el cuerpo y la mente vuelvan a reunirse.

Antigua creencia china

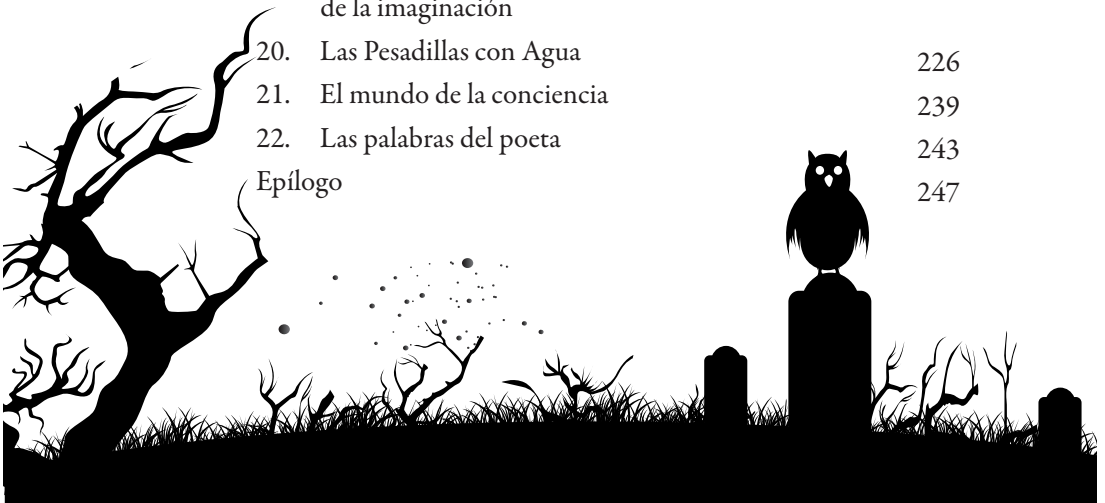


*A Candi, por su apoyo constante y desinteresado,
y a M^o. Ángeles Pérez Albert, cuyo grano de
arena también forma parte de estos vimientos.*



ÍNDICE

1. La pesadilla	7
2. Sopa de aleta de tiburón	18
3. Una puerta al subconsciente	26
4. ¿Y si fuera verdad?	35
5. Oneiros	46
6. Una vieja leyenda	57
7. La biblioteca del Poblado Azul	72
8. Dos mundos en perfecto equilibrio	86
9. Un diario del mundo de los sueños	105
10. La Puerta de los Deseos	108
11. Como una manzana ella...	127
12. La paciencia es la madre de la ciencia	132
13. El relato de Ulises	140
14. El Cementerio de los Sueños Olvidados	148
15. ... el sol se pondrá tras una; la otra estará soñando...	158
16. La segunda luna	163
17. El guardián de la oscuridad	179
18. Tu retrato es el centro de un diamante	194
19. El laberinto de Karonte y el manantial del fluido de la imaginación	200
20. Las Pesadillas con Agua	226
21. El mundo de la conciencia	239
22. Las palabras del poeta	243
Epílogo	247







La pesadilla

Mientras caía, Alejandro oyó una voz que lo llamaba. Una voz familiar que parecía provenir de algún lugar lejano al vacío por el que se precipitaba. Ocupado en hallar algo a que aferrarse, intentó no escuchar la voz, pero ésta comenzó a zumbar en su cabeza cada vez con más intensidad. Estaba aterrado y aunque no podía apartar los ojos de la enorme boca que lo esperaba al fondo del abismo, el sonido de esa voz, que seguía llamándolo insistentemente, pareció tranquilizarlo por momentos. Estaba cayendo, precipitándose en un vacío interminable y sumido en la más completa oscuridad, y lo único que podía ver era la enorme boca con dos hileras de dientes afilados como cuchillos que lo esperaban al otro lado de ese terrible vacío. En su desesperación, Alejandro extendió los brazos con la esperanza de hallar algo a lo que aferrarse. Notó una sensación de humedad entre las piernas mientras sus manos buscaban, como un ciego, una hendidura, una grieta, algún saliente en una pared que permaneciese oculta tras esa absoluta oscuridad. De repente, su mano encontró algo sólido, sus dedos se cerraron en torno a esa tabla de salvación y la voz que lo llamaba se hizo más perceptible en sus oídos.

—¡Alejandro, despierta!

Cuando abrió los ojos, la voz aún seguía resonando en su cabeza. Su madre estaba de pie junto a la cama, inclinada sobre él y esgrimiendo una sonrisa de calma aparente. La misma sonrisa que dejaba asomar cuando en realidad no había ningún motivo para sonreír.

—Otra vez la misma pesadilla —le dijo, y Alejandro no supo si se trataba de una afirmación o de un interrogante.

Alejandro no dijo nada. En una fracción de segundo, había pasado de estar cayendo al vacío, sumido en la más completa oscuridad, a verse en su habitación, acostado en su cama y reconfortado por la presencia de su madre. Aún medio aturdido, no estaba seguro de cuál de esas dos situaciones tenía más que ver con la realidad, aunque a juzgar por la



ALEJANDRO y la pesadilla de Senoi

intensidad de las sensaciones experimentadas en cada una de las dos, le parecía que lo más probable era que aún estuviera precipitándose en la oscuridad de aquel abismo. Hacía sólo un instante se encontraba allí, cayendo a toda velocidad hacia una enorme boca que parecía esperarlo presta para engullirlo, y ahora la pesadilla se había desvanecido mostrando en su lugar la sonrisa preocupada de su madre.

—Tranquilo, no pasa nada —le dijo.

Alejandro permaneció en silencio y bajó la mirada hasta encontrar las manos de su madre, mientras hacía un intento por liberar su propia mano, que parecía haber quedado atrapada entre las de ella. Después sonrió tímidamente. Estaba envuelto en sudores y tenía las piernas empapadas, pero prefirió esbozar esa sonrisa y fingir que todo estaba en orden antes que tener que admitir que había vuelto a mojar la cama. Su madre le devolvió la sonrisa mientras le secaba el sudor de la frente y lo acariciaba para tranquilizarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Alejandro asintió.

—¿Seguro? —insistió ella.

Alejandro volvió a asentir, aunque lo hizo con un gesto tan leve que no delataba ninguna convicción.

—Vamos, vuelve a dormirte. Es sólo una pesadilla —le dijo entonces su madre, tratando de calmarlo. Lo besó en la frente y se despidió de él, dándole las buenas noches.

—Mamá —dijo Alejandro, antes de que su madre abandonara la habitación.

—Dime, mi amor.

—¿Puedo dormir con la luz encendida? —le preguntó en tono suplicante.

—¡Claro que sí! —contestó ella—. Pero duérmete, que mañana es lunes y tienes que ir al colegio —le advirtió y acto seguido abandonó la habitación.

Entonces la enorme boca volvió a aparecer. Su madre le había dicho que sólo se trataba de una pesadilla y él sabía, en el fondo, que así era en realidad. Además, durante el sueño, él estaba cayendo en un abismo, un precipicio oscuro que parecía no tener fin, y ahora estaba allí, en su habitación, con la luz encendida. ¿Por qué entonces seguía viendo aquella boca monstruosa? ¿Aquellos dientes, grandes como colmillos de elefante y afilados como cuchillos?



ALEJANDRO FRÍAS

Miró la hora en el despertador de la mesilla de noche: eran las tres de la mañana. Oyó el ruido del motor de un vehículo que pasaba por la calle y unos segundos después, el maullido de un gato, y en ese momento le pareció estar viviendo algo que ya había vivido la noche anterior. Si todo sucedía como suponía, ahora vería una sombra deslizándose por el techo de la habitación y segundos después volvería a caer en el abismo. Para evitarlo, saltó de la cama y apartó el edredón hacia los pies de ésta. Había una gran mancha de humedad sobre la sábana. Avergonzado, tomó la sábana y la depositó en un cesto que había en un rincón de la habitación. Después, abrió el armario y extrajo de él una sábana limpia; la colocó sobre la cama, y con sumo cuidado ajustó las esquinas por debajo del colchón hasta que le pareció que ni siquiera su madre lo habría hecho mejor. Entonces volvió a desplegar el edredón sobre la sábana y se metió en la cama mirando de reojo la hora en el reloj que había sobre la mesilla de noche.



Cuando sonó el despertador, Alejandro hizo una mueca de desagrado. Desconectó la alarma y volvió a cerrar los ojos, aunque un minuto después saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Luego, cuando entró en la cocina, vio a su madre atareada preparando unas tostadas y él se sentó a la mesa delante de un cuenco de leche humeante.

—¿Te has lavado los dientes? —le preguntó ella.

Alejandro asintió mientras tomaba un paquete de cereales y lo inclinaba sobre el cuenco de leche.

—Esta tarde iremos al médico.

—No quiero ir al médico. ¿Por qué tenemos que ir al médico?

—Porque tienes pesadillas.

—Sólo es un sueño, mamá —dijo Alejandro, tratando de convencerla.

—Ya he pedido una cita —replicó ella, mostrándose inflexible—. Iremos a verlo y te dará algo para que desaparezcan esas pesadillas —concluyó mientras se sentaba a la mesa junto a él.

—Sólo es un sueño, mamá —repitió Alejandro, con un ligero tono de enfado, y acto seguido terminó de un trago el cuenco de leche y cogió su mochila para disponerse a salir, todo ello ante la mirada de desaprobación de su madre.



ALEJANDRO y la pesadilla de Senoi

—¡Alejandro! —le dijo, subiendo ligeramente el tono de voz y agitando un bocado envuelto en papel de aluminio.

Alejandro se volvió y tomó el bocado de manos de su madre.

—¿Eso es todo? —le preguntó, expectante, y entonces él la besó en la mejilla y volvió a dirigirse de nuevo hacia la puerta.

—¡Y no te entretengas al salir de clase! —le advirtió antes de que él desapareciera tras la puerta—. ¡No olvides que estamos citados para ir al médico!



Cuando cruzó la puerta y salió a la calle, Alejandro lanzó un suspiro y encaminó sus pasos hacia la parada del autobús mientras seguía preguntándose qué podía hacer un médico para evitar que él siguiera teniendo aquella horrible pesadilla. Hacía ya más de dos meses que había tenido ese sueño por primera vez. Comenzaba con un descenso lento, en medio de un vacío interminable, negro y oscuro como boca de lobo. No había paredes —al menos él no podía verlas—, ni nada a qué aferrarse. Era como un túnel de metro sin paredes y dispuesto verticalmente. Y luego, sin previo aviso, como cuando el coche de una montaña rusa llega a su punto más alto y comienza a descender con un cambio brusco de velocidad, el suelo comenzaba a acercarse a él vertiginosamente. Y en ese suelo, esperándolo, una enorme boca con dos hileras de dientes terriblemente afilados abriéndose y cerrándose a un ritmo frenético.

Dobló la esquina justo en el momento en que su amiga Patricia salía del portal de su casa.

—¡Hola, Álex! —le dijo, saludándolo con la mano.

Llegaron juntos a la parada del autobús y esperaron a que éste llegara. Media hora después estaban los dos en clase, cada uno sentado delante de su pupitre.



Si había una asignatura que a Alejandro le gustaba por encima de las demás, ésa era la Geografía. Observaba una y otra vez el mapamundi que había en una de las páginas de su libro de texto y se maravillaba al ver lo pequeño que era el país donde él vivía. Se preguntaba cómo era



ALEJANDRO FRÍAS

posible que pudiera haber tanta gente en España: apenas un borrón que él podía tapar con su dedo meñique. Y si ese pequeño borrón podía dar cabida a tanta gente, ¿cuánta no habría en los demás países, muchos de los cuales eran notablemente más grandes? Se ensimismaba soñando con los lugares más lejanos y exóticos de ese mapa y dejaba volar su imaginación en pos de mil y una aventuras. Sí, no había ninguna duda de que la Geografía era su asignatura favorita, aunque últimamente sus notas habían ido de mal en peor también en esa asignatura. Hacía un par de meses que no dormía bien y eso hacía que bajara su rendimiento durante las clases, ya que era incapaz de mantener la concentración. Sus ojos se posaban sobre párrafos borrosos e ininteligibles y su cabeza se inclinaba hacia abajo, haciendo inútiles sus esfuerzos por mantenerla erguida sobre sus hombros. La voz del profesor era como un molesto zumbido, y sus palabras, tan confusas a sus oídos como la letra impresa a sus ojos.

Esa mañana, mientras pugnaba por mantenerse despierto durante la clase, sintió que algo lo golpeaba por detrás en la cabeza. Se giró y vio sobre el suelo la bola de papel que lo había golpeado, pero cuando la recogió y desplegó el papel, advirtió que no había nada escrito en él. Entonces levantó la cabeza y vio, dos filas más atrás, a su amiga Patricia que le hacía gestos con la mano.

—¡Que te duermes! —le dijo.

Alejandro volvió a hacer una bola con la hoja de papel y la lanzó a su vez a la cabeza de Patricia, acompañando ese gesto con una mueca burlona. Después volvió a posar la mirada sobre el libro abierto y un minuto más tarde los párrafos volvían a bailar ante sus ojos y la voz del profesor de Geografía a parecer tan lejana como esos países de nombres impronunciables.

—Bulgaria está situada al este de Europa, al sur del río Danubio y abierta al Mar Negro en su extremo oriental. Limita al norte con Rumanía, al sur con Grecia y Turquía, al suroeste con Macedonia y al oeste con la antigua Yugoslavia. Su capital es Sofía.

En ese momento, Alejandro dio una brusca cabezada y el profesor reparó en ese gesto y se quedó mirándolo con cierta expectación, como queriendo hacer partícipe al resto de la clase de la visión que acababa de tener. Entonces avanzó unos pasos hasta situarse junto a Alejandro y alzando la voz repitió:

—¡Su capital es Sofía!



ALEJANDRO y la pesadilla de Senoi

Alejandro no se inmutó. Los párrafos habían dejado ya de bailar ante sus ojos y la voz del profesor tampoco consiguió sacarlo del trance en el que parecía haberse sumido. El resto de la clase comenzó a cuchichear en voz baja, mientras el profesor, pegando la boca a la oreja de Alejandro, repitió, esta vez a viva voz:

—¡Su capital es Sofía!

El grito hizo sobresaltarse a Alejandro, que se incorporó bruscamente provocando una sonora carcajada entre sus compañeros.

—¿Podrías decirnos, Alejandro, qué estábamos diciendo acerca de Sofía?

Alejandro se quedó mirando al profesor en silencio, aún medio aturdido.

—¿La reina? —contestó después, lo que provocó que sus compañeros volvieran a estallar en carcajadas.

El sonido del timbre anunciando el fin de las clases lo sacó de ese aprieto. Tan pronto como lo oyó, metió los libros en la mochila y salió del aula precipitadamente. Su amiga Patricia lo imitó y salió corriendo tras él.

—¡Espera, Álex! —le gritó mientras lo seguía a la carrera.

Alejandro no se detuvo, pero ella lo alcanzó y juntos caminaron hasta la parada del autobús, donde ya había varios chicos esperando.

—¡Hola, Sofía! —le dijo uno de ellos burlándose, lo que hizo que los demás comenzaran también a bromear a costa del incidente sucedido durante la clase.

—¡Sofía, Sofía, la reina de la geografía! —dijo otro de los chicos, haciendo aspavientos.

—No les hagas caso, Álex —le dijo Patricia—. Son tontos.

Alejandro no contestó. En lugar de eso comenzó a alejarse de allí cabizbajo, con las manos en los bolsillos.

—¿Adónde vas? —le preguntó su amiga desde la parada—. Perderás el autobús.

Él continuó ignorando a Patricia y siguió alejándose hasta perderse de vista. Estaba furioso, no con los chicos que se habían reído de él de esa manera, sino consigo mismo. Si no se hubiera dormido durante la clase nada de eso habría sucedido. También le irritaba la respuesta que le había dado al profesor. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar que le estaba preguntando por la capital de Bulgaria y no por la reina de España? Y lo peor de todo era que, conociendo a sus compañeros,



ahora lo esperaba una buena temporada escuchando la misma cantinela. Que si Sofía por aquí, Sofía por allí... Ahora tendría que soportar sus burlas durante el resto del curso.

Continuó caminando sin rumbo, sumido en esos pensamientos, adentrándose en las enmarañadas calles del centro de la ciudad, hasta que el cristal del escaparate de una pastelería llamó su atención y lo sacó de su ensimismamiento. Al otro lado del cristal, unos enormes pasteles de chocolate parecían haber estado esperando su llegada. Entró en la pastelería y comenzó a contar unas monedas, que extrajo del bolsillo de su pantalón ante la mirada expectante de la dependienta.

—¿Me da uno de éstos? —dijo, señalando los pasteles de chocolate del escaparate.

—¿Para tomar? —le preguntó ella.

Alejandro asintió con la cabeza. Tomó el pastel de manos de la dependienta, pagó y salió de la pastelería para volver a dejar que sus pies lo llevaran a través del laberinto de calles desconocidas que era para él el centro de la ciudad, hasta que sus pies golpearon un viejo y mugriento sombrero que había en medio de la acera. Al hacerlo, unas monedas comenzaron a rodar en varias direcciones y sólo entonces reparó en el mendigo que permanecía sentado justo delante de él. Era un hombre de cierta edad, o eso parecía, ya que tenía parte del rostro cubierto por una barba larga y muy poblada, lo que hacía difícil predecir su edad. Podría tener cuarenta años, o tal vez cincuenta, o incluso sesenta. En cualquier caso, una barba de esa envergadura sólo podía pertenecer a alguien que ya hubiera cumplido los cuarenta años. De eso no había ninguna duda, se dijo Alejandro.

El mendigo parecía observarlo a él con cierto detenimiento, y Alejandro, al reparar en ello, pensó que estaba esperando a que recogiera las monedas, así que comenzó a hacerlo y cuando hubo acabado, volvió a depositarlas en el sombrero. Luego lo situó en medio de la acera, justo donde supuso que podría haber estado antes de que tropezara con él. Entonces reparó en los dos gatos que dormitaban al lado del mendigo: uno completamente blanco y el otro completamente negro; aunque estaban sucios y bastante delgados.

—Sucios y delgados, sí —le dijo el mendigo, que no había apartado los ojos de él desde que tropezara con su sombrero. Alejandro se sintió entonces visiblemente inquieto a causa del carácter escrutador de esa mirada. Pensó salir corriendo, o simplemente alejarse de allí tran-

ALEJANDRO y la pesadilla de Senoi

quilamente como lo había hecho antes, cuando huyó de la parada del autobús, pero en lugar de eso se limitó a permanecer de pie frente al mendigo, expuesto y vulnerable ante esa mirada penetrante.

—Éste es Morfeo —le dijo entonces el mendigo, señalando al gato blanco—. Y éste se llama Senoi —continuó después, señalando al gato negro.

Alejandro seguía queriendo alejarse de allí pero no se atrevió a moverse. Era como si una fuerza invisible lo retuviera, anclado en la acera, examinado por los ojos de aquel desconocido.

—Morfeo se pasa el día durmiendo —continuó el mendigo—. Es el gato más perezoso de todos los gatos. El rey de los gatos perezosos. Senoi, en cambio, aunque parezca lo contrario, casi nunca duerme. Tiene pesadillas y aunque es un gato muy valiente todavía no sabe cómo afrontar su miedo. Parece una paradoja, pero no lo es —concluyó, sin apartar los ojos de Alejandro.

El muchacho escuchó esas palabras sin inmutarse. Estaba como petrificado. Estaba aterrado, pero era mayor la curiosidad que sentía que el miedo que aquel mendigo había conseguido infundirle.

—Seguro que ese pastel de chocolate está muy bueno —oyó que le decía.

Alejandro tendió entonces el pastel hacia el mendigo, pero éste no hizo ningún gesto por hacerse con él, por lo que se atrevió a dar un paso más y lo depositó en el sombrero.

—Me llamo Ulises —le dijo entonces el mendigo—. Y tú debes de ser Alejandro, ¿no es así?

Alejandro asintió con un gesto apenas perceptible y después echó a correr alejándose de allí a toda velocidad.



Su madre se hallaba en la cocina removiendo con una cuchara de palo el contenido de una olla cuando oyó el ruido de la puerta.

—¿Eres tú, Alejandro?

Alejandro entró en la cocina y se quedó de pie junto a la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó su madre sin volverse hacia él—. ¿No te dije que esta tarde teníamos que ir al médico?

Alejandro no contestó. Permaneció de pie junto a la seguridad de la puerta mirando a su madre en silencio. Entonces ella se giró hacia él y



reconoció el gesto de preocupación que había en su semblante. Dejó de remover la comida y tras acercarse a él, tomó asiento frente a la pequeña mesa donde habían desayunado juntos esa misma mañana. Después, con un gesto, invitó a Alejandro a tomar asiento junto a ella.

—Venga, cuéntame lo que ha pasado —le dijo.

—Me quedé dormido —dijo él un tanto avergonzado.

—¿Te dormiste al acabar las clases? ¿Por eso vienes tan tarde?

—Me dormí durante la clase.

—Bueno. No parece que sea tan grave —aseguró ella, tratando de restarle importancia.

—Se rieron de mí.

—¿Y eso te preocupa? —Si no dormía durante la noche, en algún momento tendría que hacerlo, pensó su madre, así que continuó haciéndole ver que el incidente no tenía ninguna importancia—. Pues no creo que sea ningún crimen —dijo—. Seguro que fue mucho peor lo que me ocurrió a mí.

—¿También te dormiste? —preguntó Alejandro con curiosidad.

—¡Vaya si me dormí! —respondió ella—. Debería de tener tu edad, más o menos. Ya sabes que mi padre era bombero. —Alejandro asintió con un gesto—. Pues sucedió que me quedé dormida durante una de las aburridísimas clases de Matemáticas y comencé a soñar que había un gran incendio que abarcaba más de tres manzanas. Y justo en el centro de aquel fuego espantoso estaba mi padre, con su uniforme impecable y reluciente y dirigiendo una gran manguera de la que salían chorros de agua en todas direcciones. Pero, era tal la magnitud del incendio que, a pesar de los denodados esfuerzos de mi padre por apagarlo, el fuego amenazaba con alcanzarlo también a él. En el sueño, yo estaba asomada a la ventana de un edificio y veía angustiada cómo el fuego iba acercándose poco a poco hasta el lugar donde estaba mi padre. Sin saber qué hacer, me puse a gritar: ¡Fuego! ¡Fuego!.

—¿Y qué pasó? —preguntó Alejandro, que había escuchado la narración con suma atención.

—¿Quieres saber qué pasó? —respondió su madre—. Pues que en ese momento me desperté y me encontré completamente sola, con la cabeza apoyada sobre el pupitre. No había nadie. Se habían ido todos, así que supuse que la clase de Matemáticas había terminado. Entonces recogí los libros y salí de clase. Y cuál sería mi sorpresa cuando, nada más salir, vi que había dos camiones de bomberos aparcados frente

ALEJANDRO y la pesadilla de Senoi

a la puerta del colegio y un montón de bomberos desenrollando las mangueras a toda velocidad, entre el griterío de los profesores y de todos mis compañeros. Así que me dirigí hacia allí para que alguien me informara de lo que había ocurrido y mientras lo hacía, oí al profesor de Matemáticas que le gritaba al jefe de bomberos: ‘¡Ahí está! ¡Ella fue quien dio la alarma!’.

—¡Hiciste que desalojaran el colegio! —exclamó Alejandro sonriendo.

—Me puse a gritar: ‘¡Fuego! ¡Fuego!’ —dijo su madre entre carcajadas—. Nadie se dio cuenta de que estaba hablando en sueños, así que salieron todos a la carrera. Y estuve el resto del curso y parte del siguiente aguantando las burlas de todos. De mis compañeros de clase y de los que no eran de mi clase. De todos. Incluso había algún profesor que cada vez que me veía, murmuraba: ‘¡Fuego! ¡Fuego!’ —concluyó, sin dejar de reír. Luego pasó la mano por la cabeza de Alejandro revolviéndole el cabello y le dijo—: Venga, deja esa mochila y ve a lavarte las manos; la comida está casi lista. Y no te preocupes si se burlan de ti, ya se les pasará.

—Sí, mamá.



Cuando volvieron del médico, Alejandro subió a su habitación, desplegó la mesa del mueble escritorio y vació el contenido de su mochila sobre ella; acercó una silla, y como hacía cada tarde, se dispuso a hacer las tareas del colegio. Abrió el libro de Geografía y recordó una vez más el incidente que había tenido lugar durante la clase. Todo había sido por culpa de aquella pesadilla, se dijo, y al hacerlo volvió a verse cayendo en medio de la oscuridad hacia la enorme boca de dientes afilados. Se revolvió en el asiento con intención de alejar de sí tales pensamientos e intentó centrar su atención en las páginas del libro, aunque de sobra sabía que sus esfuerzos serían en vano. ¿No sería precisamente por eso por lo que no dejaba de tener una y otra vez la misma pesadilla? Tal vez el hecho de no dejar de pensar en ello era lo que hacía que volviera cada noche. Quizá si lograba apartarlo de su cabeza de una vez, el mal sueño no volvería a repetirse. Pero, ¡qué difícil era no pensar en ello! Según el doctor, la solución pasaba por llevar una vida tranquila y rutinaria. ¿Acaso no llevaba él una vida



ALEJANDRO FRÍAS

así? ¿Qué tenía su vida de especial para no considerarla tranquila y rutinaria? «Absolutamente nada», se dijo. Su vida era la misma que la de cualquier otro chico de su edad: iba cada día al colegio, hacía en casa las tareas que sus maestros le pedían que hiciera y veía un rato la televisión cuando le quedaba tiempo para ello. Ésa era su vida. Ése era su mundo. El mismo mundo en el que vivían el resto de niños de diez años que él conocía, y hasta donde él sabía, los mundos de esos otros niños no eran asaltados por túneles oscuros habitados por criaturas de dientes afilados. Pero el médico había dicho que debía llevar una vida tranquila y rutinaria, además de hacer ejercicio, darse un buen baño de agua caliente cada noche, adoptar una postura cómoda en la cama y tomar una infusión de hojas de valeriana antes de ir a dormir. «Una rutina demasiado agobiante», pensó.

Volvió a intentar centrar su atención en las tareas del colegio, pero una vez más el recuerdo de la pesadilla se abrió paso desde lo más profundo de su subconsciente. Cerró el libro con un gesto de dejadez y sus ojos buscaron el cesto de la ropa sucia que había en una esquina de la habitación. La sábana que había dejado allí la noche anterior ya no estaba y se avergonzó al imaginarse a su madre descubriendo lo que él había intentado ocultar. Después rememoró el incidente ocurrido durante la clase de Geografía y en la parada del autobús, y unido a ese recuerdo, volvió a revivir la imagen de aquel extraño mendigo. Le embargó una sensación de inquietud y curiosidad al mismo tiempo. ¿Cómo podía saber su nombre aquel desconocido? Aquello le pareció tan irreal como la propia pesadilla y por un momento dudó sobre si no sería también producto de un mal sueño. Un gato que también tenía pesadillas, se dijo con incredulidad. ¿Realmente había sucedido todo aquello?